

# ¿REVOLUCION COPERNICANA?

Los cambios que se están dando en la Iglesia, a unos les molestan porque suponen una necesaria modificación de sus rutinas mentales o prácticas. A otros les ofenden estos cambios, y reaccionan violentamente contra ellos de palabra o de obra. Y, por fin, estamos los que desde hace muchos años deseábamos esta transformación, pero sentimos que siempre venga retrasada y con la resistencia de muchos elementos, altos y bajos, dentro de la Iglesia.

Con buena intuición, unos y otros, se dieron cuenta de que el iniciador de todo ello fue el Papa Juan XXIII. Unos celebramos con alegría su postura exclamando: «El Papa está con nosotros». Otros empezaron a hacer distinciones, y todos los grandes temas renovadores que él tocó (el Concilio, la socialización y la libertad política, social y religiosa) fueron explicados de tal modo, que nada querían decir que fuese nuevo dentro de la mentalidad eclesiástica católica.

Pero la verdad es que, al cabo de unos años, todos, queramos o no queramos, hemos sido influidos por el Papa Roncalli. Y, además, lo que es más importante, el Papa tuvo razón.

Hoy, la Iglesia católica, pese a quien pese, lo está reconociendo así al llevar muy adelantada la causa de beatificación del Papa Juan. Incluso pudiera estar hoy canonizado ya si Pablo VI hubiera sido un poco menos tímido y vacilante de lo que acostumbra, porque durante el Concilio casi todos los obispos estaban dispuestos a proclamarle santo por aclamación, como se hizo siempre en los primeros siglos de la Iglesia, hasta bien entrada la Edad Media. Sin embargo, esta canonización será un hecho dentro de no mucho tiempo, y con ella se respaldarán definitivamente las posturas renovadoras que desencadenó este Papa.

No obstante, todavía en la Iglesia existe la confusión propia del período cambiante que estamos experimentando, sin decidirse muchas veces a adoptar una postura distinta de la que fue tónica en estos últimos siglos. La Iglesia católica en España ha tenido casi siempre una situación de privilegio poco justo con otras posturas religiosas o humanas de los españoles. Fundamentalmente, esto ocurrió a partir del Concilio de Trento, y así continuó hasta este siglo, en que por la fuerza del Concilio Vaticano II las cosas han empezado a variar.

Concretamente, ahí tenemos el famoso y anacrónico Concordato de 1953, con el que todo el mundo —avanzados y retrógrados— está en desacuerdo. Ahora, en estos días, se ha vuelto a hablar de su renovación, pero todo parece haber quedado otra vez parado o casi parado. El tema que salió a la prensa es el del fuero eclesiástico. Todo el mundo sabe que el artículo XVI del Concordato prevé unos privilegios civiles para el clero a todas luces discriminatorios de su situación como ciudadanos, concediéndoles que ningún obispo pueda ser emplazado ante un juez laico sin previa licencia de la Santa Sede, y que los delitos que se tipifican en nuestras leyes penales del Estado deben ser juzgados por los Tribunales civiles en el caso de los clérigos, pero sólo cuando la autoridad civil pida el consentimiento al obispo antes de instruir el proceso, y las condenas de estos Tribunales se cumplen en casas eclesiásticas o en cárceles especiales. Todo ello ya no es querido por casi nadie, ni aun por los mismos interesados; pero, en cambio, nuestros obispos —a pesar de su relativa apertura— están vacilantes. En 1968, el episcopado español decidió renunciar a todos sus privilegios clericales en el momento y del modo que la Santa Sede estimase conveniente. En enero de 1969, la mayoría de los prelados contestaron que estaban dispuestos a que se suprimiera la licencia de Roma para procesar a un obispo, y lo mismo creían que debía pasarle al sacerdote que debería ser juzgado sin más trámite por los Tribunales de la nación. En cambio, en enero de 1971 comenzaron los matices, y no estaban dispuestos a una renuncia completa del privilegio, a pesar de que en la encuesta que se hizo por «Vida Nueva» la inmensa mayoría de los consultados propugnaban que los clérigos debían ser «tratados absolutamente igual que cualquier otro ciudadano».

Siempre estamos igual: una idea buena es diluida y convertida en una cosa inocua al pasar por estas manos alto-eclesiásticas.

Por eso ni en cuestiones eclesiásticas ni en cuestiones humanas debemos confiar mucho en la actuación de la jerarquía eclesiástica. No tenemos más remedio los creyentes que acostumbrarnos de una vez a procurar sacarnos las castañas del fuego en asuntos religiosos o profanos, sin esperar mucho de los que están situados arriba en la Iglesia.

Y, sin embargo, ya no estamos como en el siglo pasado, cuando un célebre arzobispo francés decía que la única misión de los seglares era rezar.

Hoy algunos quisieran que siguiéramos así, a pesar del tiempo transcurrido, y en cuanto alguien en la Iglesia realiza lo que es misión de la misma, de cara a la sociedad, fácilmente levanta la voz algún rutinario conservador entre los creyentes para escandalizarse rasgándose las vestiduras. Esto es lo que le ha pasado al Obispo de Oporto, conocido por su independencia evangélica. Hace unas cuantas noches su residencia fue apedreada por varios «ultras». Menos mal que la Acción Católica se adhirió a la renovación que su obispo propugna, aunque a muchos les sabe mal. Lo mismo podríamos decir de nuestro Obispo Monseñor Araújo Iglesias, de El Ferrol, quien sale al paso de los que en cuanto la Iglesia hace un juicio crítico sobre la realidad social, en seguida dicen que «tal homilía es un motín político y tal sacerdote más que eso parece un líder social»; para este obispo, estos calificativos, dictados por algunos sacerdotes aislados o grupos eclesiales, resultan «incomprensibles e intolerables».

Lo malo —como dice este obispo español— es que con esta actitud tan estrecha, estos católicos «se van convirtiendo en "ghettos" cerrados a todo influjo verdaderamente católico o universal».

Y es que se está olvidando que «la Iglesia tiene que ser fiel a su función crítica, función crítica que debe cumplir en toda sociedad con igual título y derecho que su misión profética», según acaba de afirmar el Obispo de Orléans, monseñor Riobé.

Es posible que estos «ultras» se enfaden también de que el Papa Pablo VI, en su carta al Cardenal Roy de hace un año, hablando de los problemas políticos y sociales del mundo actual, citase treinta y cuatro veces la palabra «política» y, en cambio, solamente hablase siete veces del «Evangelio» y cuatro veces de «Jesucristo». Pero el cristianismo —el auténtico— es así: un verdadero amor social.

Es curioso, por otro lado, que quienes ahora tanto se preocupan o se molestan por las actitudes de la Iglesia acerca de la sociedad humana, sean los mismos que ayer consideraban a la Iglesia «como un medio privilegiado de mantener el orden en la sociedad» (Monseñor Riobé). Ayer, que estaba ligada a los grupos conservadores, era bueno que fuese el vehículo favorecedor de ese orden social conservador, y hoy, que se despega de ese mundo socialmente retrógrado, debe limitarse —según esos creyentes— a rezar y a practicar la caridad sobrenatural de tipo religioso.

Pero para reaccionar contra esto no quiere decir ni mucho menos que lleguemos a pasar de una Iglesia en que los obispos iban vestidos de guerreros a una Iglesia en que los obispos vayan siempre con la papeleta del voto democrático en la mano, exhibiéndola espectacularmente.

La difícil postura del cristiano ha sido definida con rigor por Gabriel Marc, presidente de la Acción Católica de Medios Independientes en Francia. Para él, el auténtico cristiano es «una verdadera conversión a Jesucristo».

Pero esta conversión tiene que ser exigente, aunque sin convertirse «en una simple sacralización de una ideología, sea de derechas o de izquierdas».

Lo que tiene que ser es «una aventura arriesgada hacia el Señor, que viene a establecer su reino de justicia». Y esto ha de entrañar el necesario riesgo de ensayar concretamente «los caminos de un cambio en la sociedad, a fin de que esta sociedad progrese hacia el Reino de Dios».

Todo lo que hagamos los hombres creyentes para mejorar al mundo no puede ser nunca dictado por el catecismo; pero el Evangelio pone en nuestro corazón una inquietud dinámica de transformación que nos tiene que llevar necesariamente —si somos auténticos— a cambiar las cosas de este mundo para bien de los hombres sin esperar el toque de campana de la Santa Sede. La técnica que empleemos y la estructura que consigamos son de incumbencia humana; el impulso para hacerlo es, en el creyente, su propia fe, que si es cristiana debe estar encarnada en este mundo, como lo estuvo el Verbo de Dios.

En el aspecto social, económico, político y cultural, los cristianos estamos en plena revolución mental, pacífica, pero decisiva. Es un comienzo de revolución copernicana; solamente que esta transformación radical de nuestras mentes y de nuestras actitudes llega con un siglo de retraso. Cuando comenzó la revolución industrial y la revolución social se celebraba el Concilio Vaticano I, y, sin embargo, hasta el Concilio Vaticano II, un siglo después, no nos dimos cuenta ni adoptamos una postura clara.

Ahora no podemos volver a una nueva democracia que sea democrática, sino que debemos ser una fuerza más en el mundo que quiere transformarse. Y esta fuerza debe inducirnos, sobre todo, a crear las condiciones internas y externas para que surja el hombre espontáneo, el nuevo hombre del porvenir.

MIRET MAGDALENA